



Campos de luz

1er Premio
Poesa adulto

“Fabien creyó haber arribado a limbos extraños, pues todo hacía luminoso.”

Antoine de Saint-Exupéry: Vuelo nocturno¹

I.- “Inició esta profunda meditación del vuelo, en la que se saborea una esperanza inexplicable.”

Junio, 1975. El tercer salto: la fotografía, en blanco y negro, amarillea por los bordes. Muestra una llanura con matorral bajo, que enmarca la pista; en uno de los extremos hay una avioneta. Detrás, se vislumbran algunos árboles y unas construcciones de poca altura. En el centro de la imagen un paracaídas, como una perfecta nube semiesférica, inmaculada, se aproxima a tierra. Cielo limpio, sin viento.

Estabas sereno, feliz, te comportabas como si fueras mayor de lo que en realidad eras. Te permitieron hacer el curso sin tener la edad mínima porque tu padre era piloto en la base, o -no lo recuerdo bien- porque ya habías realizado una parte de la mili el verano anterior, un año antes de comenzar a salir juntos. Todavía no había muerto Franco.

-Agosto, 1974: en la fotografía, un muchacho, en posición militar de descanso, posa delante de un hangar. Parece cómodo con su atuendo militar: pantalón largo con tirantes, camisa remangada por encima del codo, cinturón con estuches de munición... Tiene las piernas abiertas y, entre las manos, la izquierda más elevada que la derecha, un cete. La visera de la gorra le protege los ojos. Una amplia sonrisa deja ver los dientes, muy blancos, que destacan en la coloración grisácea de la imagen.

Querías ser aviador como tu padre, piloto militar. Vivías en la base, para ti era un mundo cotidiano. A mí no me gustaba el ejército. Mi padre, que jamás habló de la guerra civil ni de por qué parte de su familia vivía en Francia, detestaba los uniformes. Yo aún no había leído *La ciudad y los perros*.

¹ Todas las citas entrecomilladas pertenecen a la obra de Antonie de Saint-Exupéry Vuelo nocturno, edición de 1974, Plaza-Janés.

Junio, 1975. Antes del cuarto salto. La fotografía en blanco y negro muestra una imagen nítida. El muchacho, sonriente, posa delante de una avioneta de alas rectas que forman una cruz con las aspas de la hélice. Se protege la cabeza con un casco y apoya las manos en una mochila bien sujeta a su cuerpo por los tirantes del arnés. Es el paracaídas. Sus pies se pierden entre la hierba. Cielo limpio, sin viento.

Te inscribiste en los cursos de paracaidismo, en la base, junto a tu casa. Era verano; tú, casi un niño. Te enardecía la pasión por la altura, soñabas extender las manos y acariciar las nubes. El corazón en el cielo. Tenías 15 años. *Hace tiempo era un niño buen cazador de nubes*. Yo aún no conocía a Hilario Camacho. Pocos años más tarde, escucharía obsesivamente *Volar es para pájaros*, sumergiéndome en una tristeza profunda y borrosa. Nunca relacioné esas canciones contigo. Y tú, entonces, no podías saber.

Agosto, 1975. Sin leyenda: en la fotografía en color el muchacho ocupa el centro de la imagen, no mira directamente a la cámara, lleva un mono en tonos grises y botas negras; las manos, que sujetan el casco blanco, descansan sobre la mochila delantera. Detrás hay una avioneta, con una banda azulada en la que destacan unas letras grandes, EC-BSI. En la franja horizontal de la cola están dibujadas unas líneas con los colores de la bandera española. Las alas proyectan su sombra en la hierba amarillenta. El chico sonríe. Un mechón del flequillo cae sobre sus ojos. Tiene un rostro delicado, de adolescente al que aún no se le han endurecido los rasgos. Cielo limpio. Sin viento.

Me hablabas del altímetro, de cómo controlar la campana, de la tasa de caída, de las anotaciones con las que deberías completar el libro de saltos... ¡Vivir como un pájaro era tan hermoso!: “Demasiado hermoso-, pensaba Fabien. Erraba entre las estrellas acumuladas con la densidad de un tesoro, en un mundo donde nada vivía fuera de él, absolutamente nada excepto él.”

—¿Pero, no tienes miedo? —preguntaba yo, impresionada por tu desprecio del peligro.

—¡Siempre habrá un paracaídas de emergencia! — me contestabas, sonriendo, despreocupado.

Agosto, 1975. Sin leyenda: en la foto en color, el joven con el mono y la mochila de paracaidista posa con una chica. Yo. Ella se protege del sol con unas gafas, su

melena rubia brilla con la luz. Él encoge los ojos, deslumbrado. Ella sujeta el casco blanco y se apoya en el costado del muchacho. Al fondo, una manga de viento se despliega levemente, sin llegar a la horizontal

Me convenciste para hacer también el curso. No me dejaron mis padres. Me convenciste para ir a verte saltar. Fui. El aire olía a las hierbas secas que salpicaban la pista con diminutos fragmentos dorados cuando giraban las hélices, como minúsculas mariposas revoloteando entre tus pies al avanzar. La avioneta ronroneaba como un volcán dormido. Subiste. Alzabas el vuelo en un cielo azul brillante, “un cielo como un acuario”, preparado para ti, preparado para mí, que te contemplaba desde tierra. Fascinada. Lejos del suelo, de la realidad de aquellos tiempos en blanco y negro, existía otra vida, entre las nubes. Primera pasada. Segunda pasada. Silencio: los motores se detienen, te precipitas al vacío, caídas libre, escudriño las alturas, imagino que ya estás tirando de la anilla, la campana despliega todas sus celdas con la resplandeciente delicadeza de una intensa nevada, va redondeándose de nácar, tu cuerpo se arquea, flexible como un delfín que saltara en la espuma, descendes con lentitud. Caes limpiamente, un salto perfecto, la seda se arruga al contacto con la tierra reseca, corro para recibirte, llego a la línea de la zona de saltos, un soldado me impide avanzar, debo esperar, espero, llegas por fin hasta mí, nos abrazamos. La vida es una aventura. Tenemos 15 años.

II.- “¿Para qué sirve fijar los ojos en el Este, donde vive el sol?”

Vivíamos en ciudades diferentes. Tú venías a verme los fines de semana y durante las vacaciones. Desde la ventana del aula te veía llegar, con tu chamarra azul del ejército del aire, los viernes a las 17h45, cuando rezábamos el último misterio del rosario, antes de sonar el timbre de salida. Te apoyabas en la pared de enfrente, el flequillo sobre los ojos. Mis compañeras te señalaban, me señalaban y reían. La monja imponía silencio. *Monotonía de lluvia tras los cristales*. Los sábados y los domingos pasaban rápidos. Paseábamos junto al mar. Y hablábamos, de inseguridades, de miedos, de nuestros proyectos. Aviador y escritora. Durante la semana nos escribíamos cartas.

Íbamos mucho al cine. *El amor del capitán Brando* nos mostró una sexualidad turbadora. El temblor del roce de las pieles. El deseo y la culpa. Aprendices de novios, manteníamos una cierta formalidad en el vestir: tú llevabas siempre camisa, yo, faldas,

pantalones de campana, pendientes con pequeñas perlas, el collar de conchas que me regalaste y que aún conservo. Franco aún no había muerto. No nos importaba.

Los veranos, jugábamos a las palas en la playa, días completos, hasta que la oscuridad nos impedía ver la pelota. Apenas conservo fotos de esos días, pero no las necesito para ver tus ojos claros entornados por la reverberación del sol, el flequillo rebelde, la sonrisa blanca y la incipiente musculatura que se dibujaba en tu cuerpo, elástico y bronceado. El deseo y la culpa. Aún no había muerto Franco. Con frecuencia, algún avión cruzaba sobre nosotros, por encima del mar, cortando con sus alas la luminosidad de la tarde de agosto. Nos deteníamos de inmediato al escuchar el primer zumbido, hacías visera con la mano, mirabas atentamente y me explicabas: Phantom, Mirage...

Vuelo nocturno. Descubrimos a Saint-Exupéry. Te regalé la novela. Fabien, cruzando la noche de la Patagonia, la bodega con miles de cartas que miles de personas esperaban, en uno y otro continente, personas cuya vida transcurría en su “mundo del resplandor de la lámpara doméstica”. Fabien, luchando contra la tormenta, persiguiendo, tenaz, la luz: “Y fue en ese instante cuando lucieron en su cabeza, en un desgarrón de la tormenta, como cebo mortal en el fondo de una masa, algunas estrellas.” Fabien, extasiado: “Jamás hubiera creído que las nubes, que la noche, pudiesen cegar. Pero la luna llena y todas las constelaciones las convertían en olas resplandecientes.” Fabien desaparecido, devorado por el cielo, la ficha de su avión en tablero del material indisponible. Saint-Exupéry no podía saber. Tú no podías saber.

Me obsequiaste mi primer *El principito*, mi primer *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Ignorábamos que Neruda era comunista. *Te recuerdo como eras en el último otoño*. Nada sabíamos de Pinochet todavía. Me regalaste el vinilo de Serrat con los poemas de Antonio Machado, tu caligrafía puntiaguda enviándome besos en la cubierta roja del disco. *Murió el poeta lejos del hogar*. Ni tú ni yo sabíamos que se había exiliado. La guerra civil era un eco lejano. La República era un sistema de gobierno que existía en algunos países extranjeros. Me invitaste al concierto de Serrat en aquella sala de fiestas al aire libre, de paredes blancas y macizos de geranios rojos. Olía a algas y se escuchaba el batir de las olas. El primer concierto. Bebimos Coca-Cola. Bailamos. *Ese con quien sueña su hija*. Y brillaba la luna. Así era. Así se desplegaba la vida a nuestro paso. *Golpe a golpe, verso a verso*.

Tu padre se puso enfermo. Una dolencia cardíaca. Falleció. Te acompañé al entierro. “Miró a su alrededor: pesadas nubes oscurecían las estrellas”. El curso próximo deberías marcharte lejos, a la capital, al colegio de Huérfanos de la Armada.

Llegó septiembre. 1975. Nada sabíamos de los fusilamientos. Todavía. Rosa León cantaba *Al alba*. Para nosotros, una canción de amor. Franco y su larga, interminable agonía, saturaba los informativos. Te marchaste.

Abandoné el colegio de monjas. Por fin. Comenzamos el curso escolar con el rescoldo de un verano encendido. Conocí nuevas chicas en el instituto, nuevos docentes. La profesora de Historia nos habló de la República y de la guerra civil. La profesora de Literatura nos hizo leer Unamuno. *San Manuel Bueno, mártir* avivó mis inquietudes religiosas. Leímos a Larra, su *Escribir en España es llorar* quedó grabado en mí. Algunas de mis amigas descubrían su atracción por otras chicas con inquietud y sorpresa. Alguna otra escondía su embarazo prematuro, perdida la virginidad con la mayor inocencia. El deseo y la culpa.

Tú estabas en Madrid, obligado a dejar la adolescencia precipitadamente. Hiciste también nuevas amistades, buenos chicos, huérfanos de militares que querían ser militares. Te convertiste en un joven maduro y reflexivo. Tu objetivo de ser aviador estaba más próximo allí donde estabas. La distancia se impuso.

Franco murió. Un 25 de noviembre. Se suspendieron las clases. Cerró tu internado. La música clásica silenció la radio. La televisión emitía sin cesar las colas de españoles que esperaban horas para rendir homenaje al general. La España en blanco y negro se vistió de luto. Y de incertidumbre. Arias Navarro lloraba ante las cámaras de televisión. Todo estaba *atado y bien atado*, como atadas estaban las bocas y los oídos desde hacía décadas. Nada supimos entonces de las botellas de champán descorchadas, de los gritos de alegría y de las canciones clandestinas entonadas a todo pulmón.

Viniste tres días. Vimos juntos las imágenes del nuevo rey asumiendo la jefatura del Estado. Empezábamos a saber qué había ocurrido, qué estaba ocurriendo. Yo barruntaba el republicanismo. *Es la otra España, la que huele a caña, tabaco y brea*. Tú, no. Pero temblábamos con el roce de los cuerpos. El deseo y la culpa. Y cantábamos las canciones de *Mocedades*.

Franco fue enterrado. Regresaste al colegio. Yo, al instituto. Un levísimo aire de libertad flotaba en el aire, pero aún no sabíamos interpretarlo. Tú y yo avanzábamos, pero en distintas direcciones. Descubrí que había otros mundos fascinantes. Tú me decías que tenía la cabeza llena de pájaros, que me estaba volviendo una hippie. Me enteré de lo que habían hecho los militares en este país, y odié el ejército. Tú sostenías la necesidad de una buena organización defensiva para asegurar la paz. Supe que la Iglesia había protegido el régimen fascista, que siempre estaba del lado de los poderosos. Tú creías en la necesidad de una renovación dentro de la Iglesia. Me hice deísta, agnóstica, atea. Me declaré socialista. Tú, defensor de la monarquía constitucional. Y querías volar. Y entrar en el ejército. Habías hecho en San Javier un curso de vuelo sin motor. Volvías pletórico. No podías saber.

Comencé la universidad, las asambleas, las primeras manifestaciones, sufrí alguna carga de los grises, estudiaba Literatura, escribía, quería cambiar el mundo, *la virginidad produce cáncer, vacúnate*.

No entraste en la academia. Me dolió por ti. Hacía un año que nos habíamos separado. Yo tenía un novio con el que poder cantar canciones revolucionarias, leer poesía y ver cine de autor en versión original, y que, tiempo después, trabajaría en la administración: —te has ido con un oficinista —me espetaste con desprecio un día que nos encontramos. Estudiaste una ingeniería técnica. Te convertiste también en un oficinista. O eso creía yo entonces.

III.- “Sin embargo, era tal su hambre de luz, que se remontó”

Memorias de África. 1985. Meryl Streep, cabellos al viento, risa al viento, alarga su mano para apretar la de Robert Redford, quien, desde atrás, pilota el biplano. Sobrevuelan Kenia. Llanuras, grandes ríos, cascadas. Los animales corren asustados por el ruido de la avioneta amarilla y negra, entre bandadas de flamencos rosados. La libertad y la belleza. Cielo limpio, sin nubes. Silencio en la sala de cine. La emoción tensa el aire. Te recuerdo. El aviador y la escritora. Robert Redford se estrella en las hermosas llanuras de África. Al encender las luces de la sala, permanezco inmóvil en mi asiento.

Me casé por lo civil. Te casaste por la iglesia. Tuve una niña -que no lleva mi nombre- y un niño. Tuviste una niña y un niño -que se llama como tú-. No fui escritora. Profesora, poeta a ratos perdidos. No fuiste aviador. O eso creía yo entonces.

Pasaron los años. A veces, muy de tarde en tarde, nos encontramos por alguna playa de la zona o en algún acontecimiento de los círculos sociales que compartíamos. Cuando nos cruzábamos, nos besábamos en la mejilla, conversábamos, no mucho tiempo. Nos escrutábamos con el temblor suave que la nostalgia deposita en la piel.

Me contaron que estabas construyendo alas delta, que te lanzabas desde un monte próximo, los fines de semana, que habías tenido algún accidente, nada excesivamente grave.

IV.- “Las colinas, bajo el avión, cavaban ya su surco de sombra en el oro del atardecer.”

Jueves Santo. 2001. Día luminoso y cálido. Habíamos ido a comer a una venta a los pies de la sierra, con un grupo de amigos. Los niños regresaron cansados, se acostaron rápidamente. Me senté a descansar, tranquila. Sonó el teléfono. Me dieron la noticia.

Más tarde me explicaron que ya hacía tiempo que diseñabas y construías tus propios prototipos de ultraligeros. Volabas en ellos. Volabas. Ese día, tu avión planeó muy cerca de donde yo disfrutaba de la tarde de abril bañada de luz, entre los montes por los que conduje durante años para ir a trabajar a un instituto de pueblo; en el trayecto, a veces, la sombra de unas alas oscurecía con su silueta de águila un tramo de la carretera. Y yo levantaba los ojos al cielo. Y recordaba. *Volar es para pájaros*. Y tú no podías saber.

Me contaron que desviaste el avión para no caer sobre la gente que estaba en la zona de despegue. Se desprendió una parte del fuselaje. Te precipitaste contra la montaña. “Las aristas, los picachos, todo se hizo agudo”. Eran las 17h30. Fue una clara tarde, tarde machadiana. Una tarde luminosa de primavera. Tu paracaídas no funcionó. Te rescataron horas después.

Me dijeron que le habían puesto tu nombre al aeródromo. Es un lugar hermoso. De cielos limpios, de jaras amarillas y altos árboles que sueñan con las nubes, entre cumbres que reverdecen en abril. Un lugar hermoso para volar.

V.- “Por eso ascendía hacia los campos de luz”

Octubre, 2021. Preparo la casa para la nueva etapa. Obras y polvo, cajas de cartón en las que se revuelve el pasado en confusa, desconcertante marejada, memorias que saltan desde el fondo de los armarios. Álbum de fotos con cubiertas verdes.

Recuerdo que, cuando me comunicaron la noticia, dije -o pensé-:

—Una parte de mi vida ha muerto con él.

Pero estaba equivocada.